

**¡...ESCUCHA AYESTA EL FESTÍN DEL ÁGUILA Y DEL CUERVO,
...LAS VAGAS HORAS DE LA TELARAÑA PRESA SEGÚN LAS
SECRETAS PROFUNDIDADES DE SU PIRÁMIDE!**

Yo no sé si alguno de ustedes conocerá al desventurado pintor Juan Ayesta...

Algunos, quienes sabemos encontrarnos con él sólo en los lugares más inverosímiles del mundo, preferimos recordarlo a veces y luego, por si acaso, no decir a nadie nada de nosotros mismos... Sin embargo, precisamente ahora, cuando las urbanas luces de la más prosódica razón atraviesan e inauguran en nuestra ciudad los difíciles laberintos de su continua caverna, ha sido el propio maldito Juan, homúnculo poco comunicativo y más bien enigmático, quien se ha acercado hasta tales derrumbaderos cuales los de nuestra más certera paranoia para rogarnos la confección de este *postizo catálogo, apéndice de ciegos y caminantes, lazarillo de concubenarios y conversos, bastión de circuncisos, etcétera, etcétera, etcétera...*, para que también con él incluso los mismos cuadros comiencen a leerse tan despacio.

En la noche propicia a los lémures y a las larva que hostigan a los muertos, cabría pues suponer cómo algún hombre bueno habrá imaginado sobre el tabernáculo del sepultado Ayesta la indolente luminosidad de ciertos paisajes agrietados por la fuerza de un matiz impreciso aunque de tonalidades uniformes, un cochambroso autorretrato según la manera siniestra, una puerta que cruje-la puerta del suicida, ...que ya se abre-, el tigre consagrado de oro y sombra cuando la Eternidad llega a su centro, al vértice de su álgebra primordial, a la secreta clave en la premura de su último espejo...

El espacio sin tiempo, habilitador de monstruos y arenas recelosas mitad dios y mitad bestia marina, ...lo líquenes, los peces, las madréporas, los eslabones de tortugas, el crepúsculo póstumo de los galápagos caldeos, las luciérnagas de una sola tarde, las polvorientas dinastías de araucarias...; ESCUCHA, JUAN, *siempre somos Edipo de un súbito modo la larga y triple bestia somos, todo lo que seremos y lo que hemos sido, ahora, cuando el color se engruma y se entenebrece con fulgores lívidos y mortuorios, cuando el gris lo entona todo y los ocre y los amarillos se engrazan lúgubrememente con los verdes y los rojos y los acrílicos azules, distorsionándose primero en confusas amalgamas de cárdenos naranjas, de escarlatas, de bermellones pálidos y violáceos, de magentas apastelados estambres rosas, de cálices de fucsias diversos siempre habitados por el secreto espíritu de los planetas prohibidos...* cuando su composición misma se engruma y retrocede alrededor de tan aparatoso delirio distorsionándose en quicios peraltados, en montantes de vanos y córneas y arquitecimas imposibles, en proporciones engañosas aunque ficticias y como sincopadas contra su féretro en el viejo friso de aquellos malvas...: su perpetua simbología referenciada aquí en la cábalas de un misterioso ajedrez continuo y alquímico sin figuras ni rey coronado, que se comba y se desborda y se bifurca y se repite intruso y vagamente triste sobre las mayores superficies en la curvatura de este rojizo desamor constelado de jaguares, allá en una *escalera* rota e infinita que crece se persigue eslabonándose en prismas de facetas quebradas, en cúpulas, en baptisterios y lucernarios de fregaderas y patíbulos de mícer Ayesta, pánico y castrado, cabalga

orfebre solitario alrededor de las circulares ruinas de su alucinada secuencia hiperestésica...

-¿...Dónde estarán los siglos, dónde el sueño de espadas que los tártaros soñaron...?

-...Piensa que de algún modo ya está muerto...

Recordemos ahora a este lúgubre mono desnudo después del carnaval, escuchémoslo aullar sus espantosos lamentos sobre la desolación de los profanados altares de su último templo...: *divina misión*, Ayesta, *la de ser traidor*... ser Judas que acepta, ser Calibán en la Ciénaga...

Confieso ahora cómo una vez, entre los tempranos laberintos de Versalles estuve a punto de estrangular al superviviente y muy poroso maestro Ayesta... En otra ocasión, ahora a las puertas del carguero que nos trasladaría de Nápoles a Sicilia, el desaparecido Ayesta me invitó a un Martini blanco con mucho hielo..., -ocultos, como preferimos naufragarnos durante aquellas noches, bajo las montañas de fardos que apestaban la sobrecubierta y sus dos bodegas-según conversábamos acerca de la intemporalidad del universo en la memoria del *color* y de las *formas*.

Quizá antes acaso de que concluya el presente invierno, el joven Ayesta y yo nos embarquemos en una difícil empresa que nos viene acuartelando la fortuna desde hace unos cuantos años: atravesar de parte a parte el equinoccio austral, siguiendo desde el Golfo de Guinea a la Bahía de Bénin las ya olvidadas rutas de Frobenius y Delafosse..., en busca del secreto Reino de Ofir - ...los caballos de Ofir-, la tierra de las playas como talismanes inabarcables...

Sucedará a lo largo de una de estas jornadas de lluvia mansa y tan decrepita... Primero amontonaré todas las páginas de mis peregrinos breviarios sobre las más inestable república del más cercano precipicio, luego me pondré en pie y le miraré muy despacio a Juan según acabe de perfilar el último matiz de cualquiera de sus *aciagos acrílicos*: desplegaremos los mapas sobre la tinta seca de nuestros bastidores y entonces comenzaremos a caminar hacia el sur, sin prisa y muy sigilosamente...

Ser en la vana noche en que cuenta las sílabas, según el paso del unicornio herido que regresa..., según nadie acierte todavía de qué mañana el mármol es la clave.

ALVARO BERMEJO
San Sebastián, 23 de Agosto 1983